

CECIL HARMSWORTH KING

UN "REY" DESTRONADO

II ACE unas semanas se ha vendido en pública subasta, en Londres, una copa de plata bastante fea con el monograma de la reina Victoria. Pertenecía a la colección de un rey de la prensa, Cecil Harmsworth King. En septiembre, «Sotherby's» —el establecimiento escenario de la subasta— dispersará el resto de su «plata» decorativa. Con esta venta King —«king of kings», «rey de reyes», hace borrón y cuenta nueva después de cincuenta años de periodismo y acepta una jubilación que se le ha impuesto brutalmente. King viajará. Enriquecerá su colección de libros consagrados a Africa. Conservará el coche matriculado con sus iniciales, CHK 44. Pero su Rolls no volverá a enfilarse, más que con motivo de alguna fiesta importante, los caminos que, cerca de Fleet Street, la Mecca del periodismo, llevan, a través de viejas callejuelas, entre modernos rascacielos y antiguas iglesias, a la curiosa, confortable e inmensa jaula de cristal blanco, naranja y azul-verdoso que alberga al Daily Mirror, el mayor periódico del mundo occidental, con una tirada de 5.200.000 ejemplares...

Harold Wilson oculta públicamente su satisfacción. King, que pedía su cabeza, se ha ido. No volverá a vérselo subiendo en su ascensor privado, con su metro noventa y dos y su nariz napoleónica, al noveno piso del edificio de un «Daily Mirror» eterno. ¿Cómo es que él, tan poderoso, al menos en apariencia, ha caído de tan alto y no sin una cierta gracia aristocrática?

un editorial virulento

Después de haber ayudado a Wilson a ganar las elecciones generales de 1964 y 1966, King, como tantos otros británicos, vivía desde hace meses en pleno desencanto. El primer ministro parecía no incluir en su palmarés más que derrotas. En el terreno interior, la devaluación, huelgas, elecciones municipales perdidas. En política exterior, el desafío rhodesiano y una Gran Bretaña tristemente alineada con Washington...

En mayo, King publicó en primera página del «Mirror» un editorial firmado, virulento. Con un título vengativo, «Enough is enough» («Lo que basta, basta»). King escribía: «Nos amenaza la más grave crisis financiera de nuestra historia... No se impedirá que estalle con mentiras sobre nuestras reservas de divisas... Hace falta un nuevo arranque, un nuevo líder».

En el número 10 de Downing Street, Wilson, que desde hace algún tiempo ha notado varias veces en su partido la amenaza de la rebelión, calla y observa.

El «Daily Mirror», frecuentemente francotirador crítico o lunático, ha apoyado siempre, en general, a los laboristas y a sus jefes. Frente a una prensa casi siempre conservadora o —como se dice eufemísticamente— «independiente», el «Mirror» estaba a la «izquierda». Solo. Macizo. Influyente. Ante la «salida» de King, el consejo de administración de la «International Publishing Cor-

poration» se conmociona. La I. P. C. controla el «Mirror», diecisiete diarios más y doscientas revistas, publica cuatro mil libros al año, posee el 21 por 100 de una cadena de televisión privada, el 28 por 100 de las papelerías Reed, el 40 por 100 de la «Cahners Publishing», en Estados Unidos, y unos centenares de otras fruslerías a través del mundo, del «Nigeria Times» al «Médecine Mondiale» francés.

Tres prebostes de la I. P. C. se ponen en movimiento para destronar a King. Proteiforme presidente de la compañía, King no detenta más que cuarenta y ocho mil doscientas seis de las ciento cuarenta y un millones de acciones. Basta, pues, con colocarle en minoría en el consejo de administración...

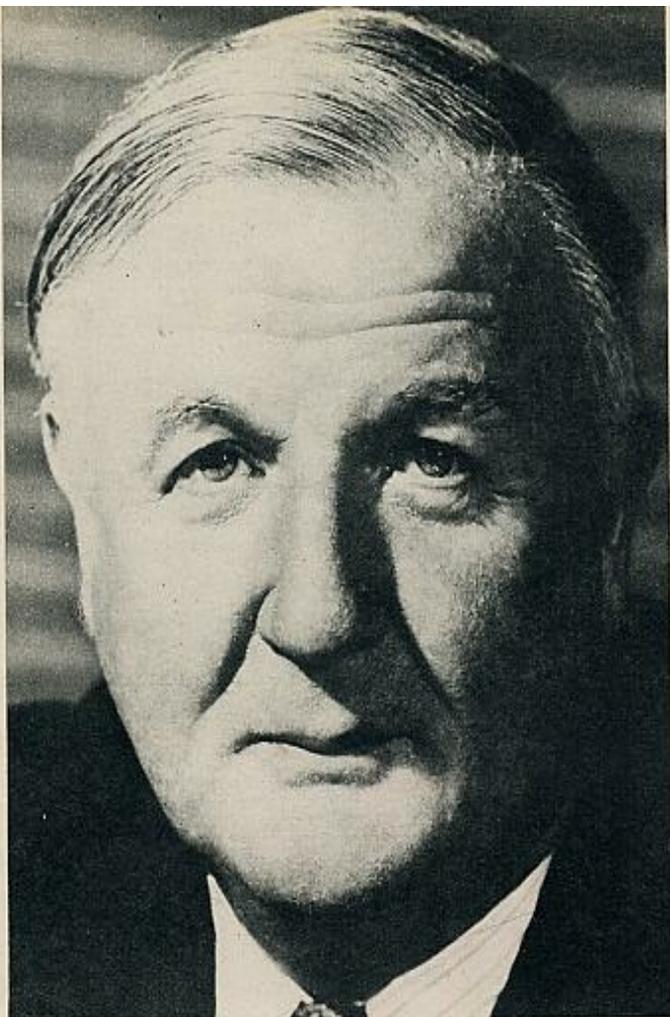
El primero en actuar es Hugh Cudlipp, un galés de cincuenta y cuatro años, malhablado, masticador de puros, primer adjunto de King y alcalde del palacio de la I. P. C. Cudlipp intenta impe-

Lord Thomson (a la derecha), cuya última adquisición ha sido el "Times", junto a otro de los magnates de la prensa inglesa, lord Beaverbrook



dir a King que publique su editorial. En vano. Cecil es cabezota... Cudlipp organiza entonces un cónclave con Frank Rodgers, director comercial del trust, y, sobre todo, con un personaje menos conocido pero de hecho más poderoso, el abogado Ellis Birke, que representa al más fuerte accionista de la I. P. C., sir John Ellerman, magnate misántropo y moroso de la navegación.

Sir John no está satisfecho de la gestión financiera. En 1967 la I. P. C. ha hecho un 37 por 100 menos de beneficios que el año anterior. Por su parte, Birke, cuya esposa es «par» laborista vitalicia, no admite que el «Mirror» pueda traicionar ya que no al wilsonismo al menos al socialismo que encarna. Los intereses



*King,
"rey de reyes"
del periodismo
durante
cincuenta años,
hoy destronado*

comerciales de sir John y la moral laborista de Birke coinciden.

Patrióticamente, los conjurados reprocharán también a King el haber dado con su artículo un golpe bajo a la libra esterlina. King, miembro del directorio del Banco de Inglaterra, ha basado su apocaliptismo y su derrotismo financiero, según ellos, en informes confidenciales.

reacciones viscerales

Antes de aislar a King en el consejo de administración de la I. P. C. se le rogó delicadamente que se fuera por sí mismo. Se negó: «Parecería que he metido mano en la caja...». Además, no es hombre con temperamento para dimitir. Los conjurados anunciaron, pues, oficialmente que su marcha estaba originada por sus demasiado numerosas «intervenciones en los asuntos nacionales». Como delicado golpe de gracia se evocó de pasada una regla dictada por King: «Es preciso jubilarse a los sesenta y cinco años». El tiene sesenta y siete...

Con él desaparece de escena una raza, la de los «presocráticos» digamos progresistas. Ya no queda nadie de su temple. Su progresismo centrista se achacaba a excentricidad, a sinceridad sentimental, a demagogia, a olfato político, a espíritu de contradicción. No se sabía muy bien por qué era distinto a los demás señores de los «mass media», periódicos y televisión, pero indudablemente era diferente. Nada en común con el canadiense Roy Thomson, propietario del «Sunday Times», que ha comprado el «Times» para hacer de él —al fin!— un diario digno de su reputación, durante tanto tiempo usurpada. Nada en común, tampoco, con el difunto lord Beaverbrook, bonachón y aparatoso megalómano ultrarreaccionario del «Daily Express».

Habiendo charlado una vez bastante largamente con Cecil King en 1964, me atrevería a dar una explicación. Se trata de un hombre que experimenta reacciones viscerales ante la miseria,

las chabolas, el hambre, cosas todas que no le parecen inevitables. Hablando de la «gente sencilla», King, aunque paternalista, era caluroso y a veces incluso tierno. Un poco tocquevilliano. Al oírle se tenía la impresión de que las masas de Glasgow, de Birmingham o de los arrabales de Londres habían delegado en él sus confusas aspiraciones. «Pienso por ellas», murmuraba. Parecía tener, extraña, pero claramente, más bien el deseo de la dicha pública que el del bien público. Por otra parte, decía: «Se habla demasiado en la actualidad de abundancia, y no lo suficiente de dicha». Sus frases exhalaban una especie de utilitarismo liberal, un benthanismo anglicano, bien situado «prácticamente» en el siglo, pero «teóricamente» disperso y, a veces, confuso.

contra los viejos

Acababa entonces de lanzar «The Sun», su segundo diario, que debía resultar un fracaso al sobrepasar apenas el millón de ejemplares, lo que en Gran Bretaña condena a un periódico de este tipo. Al hablar de las nuevas capas de lectores a las que quería alcanzar, King definía su línea política. Efectivamente, podía decirse que era de izquierda «pero no socialista. Soy anticonservador. No creo que las nacionalizaciones ofrezcan una respuesta a nuestros problemas...».

King no se sentía envejecer y no le gustaban los viejos que regentan el planeta. Escribía en el «Sun»: «Mientras hombres como De Gaulle, Eisenhower y Adenauer sigan siendo influyentes será difícil ver bien el mundo del siglo XX».

Amigo de Jean Monnet, King habría querido que Inglaterra entrase rápidamente en el Mercado Común: «Tenemos mucho que ofrecer y mucho que recibir... Respecto al Mercado Común, los laboristas se quedan en la estacada...». King no perdonará nunca a Wilson su insularidad.

En lo que se refiere a la geopolítica, se mantenía prudentemente a casi igual distancia de la dialéctica marxista y de la libre empresa americanizante. Sin embargo —afinidades obligan—, sus periódicos se inclinarán hacia los Estados Unidos en el problema fundamental del Vietnam, sin llegar a predicar por ello la cruzada preventiva.

Su filosofía política se reducía a un cierto «buen sentido» que hacía de él, en último término, un hombre del siglo XIX o de principios del XX. Un hombre de anteguerra. De una época en la que un potentado de la prensa podía destrozar a un primer ministro socialdemócrata. Se equivocó. La época ha pasado.

King ha dicho de su periódico preferido y de Hugh Cudlipp, que le sucede al frente del I. P. C.: «Creo que el "Daily Mirror" y Cudlipp defenderán al partido laborista el tiempo justo para plantar su bandera en el mástil del navío que se va a pique».

■ OLIVER TODD. Fotos: CIFRA.